

los primeros que saco a la publicidad, después de mi salida de América». ¹² Esa disminución de su quehacer poético coincide con la época de su mayor actividad periodística. La capital francesa solicita su interés en múltiples sentidos y el poeta peruano, al mismo tiempo que informa, descubre: «Los intereses de Vallejo son vastísimos: política, sociedad, filosofía, arte, música, literatura, moda, costumbres, ciencias, en fin, toda la realidad política, social y cultural de su tiempo. En los artículos de este atento y severo observador partícipe, se reflejan las crisis y las inquietudes de esos años, encontrando allí una resonancia y a menudo una respuesta humana y profunda. Para calibrar la intelectualidad de Vallejo, de su cultura y de su inteligencia abierta, viva y curiosa, si no bastara la obra poética que la revelara en sus excepcionales valores humanos y expresivos, léanse los artículos sueltos. París no fue una selección casual. Si para el espíritu del poeta representó el derrumbamiento completo de sus mitos de pureza y de integridad, respondió no obstante a una exigencia no menos fuerte para el hombre, de una expansión intelectual sobre el terreno cosmopolita y moderno». ¹³

Pero las satisfacciones intelectuales y artísticas que le ofrece la ciudad cosmopolita no pueden aplacar su angustia: «Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente». ¹⁴

La lectura de fragmentos así de sus *Poemas en prosa* y los versos de sus *Poemas humanos*, escritos después en la capital francesa, llevarán a Guillermo Sucre a comentar agudamente: «*Poemas humanos* es todavía, y de manera que parece más extrema, el libro de la enajenación —del “hombre que ha caído y ya no llora”—. En efecto, la enajenación tiende a minarlo todo. Empieza (y termina) por ser un signo de la propia condición humana; es por ello, en última (y primera) instancia, fatal e irreductible. Sin embargo, no es el carácter inevitable de la muerte lo que resulta desquiciante en Vallejo; lo es, sí, el hecho de que el hombre esté condenado a la penuria existencial y al vacío como única trascendencia». ¹⁵

Hay momentos, sin embargo, en que el poeta, ganado por la primavera parisiense, pareciera salir de su sombría condición: «¡SEÑORES! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. ¡Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento, para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasía y me hace dichoso hasta las lágrimas. Mi gozo viene de lo inédito de mi emoción. Mi exultación viene de que antes no sentí la presencia de la vida. No la he sentido nunca. [...] Nunca, sino ahora, oí el estruendo de los carros, que cargan piedras para una gran construcción del boulevard Haussmann. Nunca, sino

¹² Sánchez, p. 16.

¹³ R. Paoli, *Poesie*, di César Vallejo, Milano, Editorial Lerici, 1964, p. CXX.

¹⁴ C. Vallejo, *Obra poética completa*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1970, p. 150.

¹⁵ G. Sucre, *La máscara, la transparencia (Ensayos sobre Poesía Hispanoamericana)*, Caracas Monte Avila Editores, C.A., 1975, p. 147.

ahora, avancé paralelamente a la primavera, diciéndola: "Si la muerte hubiera sido otra..." Nunca, sino ahora, vi la luz áurea del sol sobre las cúpulas del Sacré-Coeur. Nunca, sino ahora, se me acercó un niño y me miró hondamente con su boca. Nunca, sino ahora, supe que existía una puerta, otra puerta y el canto cordial de las distancias». ¹⁶

Para acabar diciendo en síntesis reveladora de su real desamparo: «¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte». ¹⁷

La presencia de la muerte, una de las constantes mayores en la poesía de Vallejo, se torna acuciante en sus años de París. La actividad periodística, la frecuentación de exposiciones y espectáculos, el trato con amigos y conocidos, no logran acallar el apremio de su voz interior. Cada vez se pregunta con mayor frecuencia sobre la finalidad misma de su existencia. Antes de saber lo que es y para lo que ha nacido, sabe, desde luego, lo que decididamente no es y para lo que no entiende haber nacido: «Ya en 1926/27, Vallejo experimenta un estado de inestabilidad y de descontento de sí mismo, de orden moral. Pese a la paz material —por cierto relativa— repito, que ha conseguido el año anterior, y por más que tenga, como periodista, sus entradas a los teatros, conciertos y exposiciones, frecuentando además los cafés en boga, Vallejo exclama en francés, en el segundo trimestre de 1927: *Tout ça, ce n'est ni moi ni ma vie!* (¡Todo esto no soy yo ni mi vida!)». ¹⁸ Lúcida comprobación de quien no quiere aturdirse con la «fuite en avant» que le ofrece el torbellino de la gran ciudad.

En aparente paradoja, la comprobación de la inautenticidad de su existencia, no le lleva al retorno a su yo, sino a una proyección solidaria con los demás: «Sería difícil admitir que, en aquella época, todavía Vallejo, quien va a tener 35 años, se busca y se busca para sí solo. No. Se interroga sobre la contribución que él se siente obligado a dar a los hombres. Y su estado de inquietud indefinida revela en realidad los primeros síntomas de la crisis aguda que va a declararse en 1927/28. Crisis moral, de conciencia indubitadamente, pues a raíz de esta crisis precisamente entrevé Vallejo haber detectado la causa de su profundo malestar: su alejamiento de los problemas que más atormentan a la humanidad avasallada». ¹⁹

Este habría sido el camino seguido en París por Vallejo. Del Perú se trasladó a la capital francesa llevando consigo sus demonios interiores. París, en lugar de aliviar sus males, los agudiza. Pero el poeta peruano, maltrecho y lejos de su tierra y de los suyos, saca fuerzas de flaqueza para realizarse en un movimiento de solidaridad humana. Como muy bien explica Martínez García: «Derrumbados los cimientos de sus creencias y necesitado de una seguridad, se produce el viraje más importante de su vida y que va a ser, desde ahora, su condicionante casi exclusivo: se lanza a la búsqueda de una verdad convincente; cree descubrirla en el marxismo, a cuyo estudio se entrega con fervor a partir, sobre todo, de 1927». ²⁰

¹⁶ Vallejo, *Obra poética...*, pp. 151-153.

¹⁷ *Idem*, p. 153.

¹⁸ G. Vallejo, *Apuntes biográficos sobre Poemas en prosa y Poemas humanos*, Lima, Francisco Moncloa Editores, S.A., 1968, p. 7.

¹⁹ *Idem*.

²⁰ Martínez García, p. 61.

Américo Ferrari trata de reconstituir lo que fuera la trayectoria vital de Vallejo, desde su infancia hasta su muerte, a partir de la revelación que supuso para él la experiencia de París: «Vallejo, en efecto, se sentía a disgusto en medio de la sociedad artificial y deshumanizada que lo rodeaba en París. Lo cual explica que se acentúe hasta hacerse obsesiva la añoranza del hogar materno en medio de una sociedad campesina, comunitaria, arcaica, ligada a las fuerzas elementales y donde florece el tipo de hombre que Vallejo exaltaba ya en el poema "Gleba"». ²¹

Pero, no contento con afirmarse mediante el rechazo o la nostalgia, Vallejo se habría servido de ambas para proyectarse hacia el futuro: «Y es seguro que el exilio en París actúa a modo de un revelador que hace surgir, agigantadas en la distancia, unas imágenes que transfieren la nostalgia personal y singular del terruño, a una nostalgia, no menos personal, pero universal y colectiva, de la patria futura y libre de los hombres». ²² A partir de entonces, Vallejo habría estado a la búsqueda «... de una vida ideal posible para el hombre y que puede encarnar en cualquier pueblo o modo de vida que el poeta sueña como opuestos al "hic et nunc" de su confinamiento en la urbe francesa, por ejemplo, España o Rusia, pero sobre todo España, a la que se siente atado por fuertes lazos de sangre y de cultura». ²³

Ambas experiencias, pero sobre todo la de la guerra civil española, provocarían las últimas llamaradas de su creación poética. Sigue habiendo, no obstante, entre los poemas escritos por Vallejo en sus últimos años, algunos que empalman con su personal y dolorido sentir de otros tiempos. La muerte, relegada acaso en algún momento, reaparece en primer plano y no sólo en el muy conocido —por pretendidamente premonitorio— de «me moriré en París con aguacero». El hecho de que Vallejo asumiera su muerte como un devenir que observaba lúcido e impotente, resulta acaso más directamente verificable y estremecedor en el poema que con el título de «París, octubre 1936» reza:

De todo esto yo soy el único que parte.
De este banco me voy, de mis calzones,
de mi gran situación, de mis acciones,
de mi número hendido parte a parte,
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos o al dar vuelta
la extraña callejuela de la Luna,
mi defunción se va, parte mi cuna,
y, rodeada de gente, sola, suelta,
mi semejanza humana dase vuelta
y despacha sus sombras una a una. ²⁴

Así vivió y murió en París César Abraham Vallejo Mendoza.

Luis López Alvarez

²¹ A. Ferrari, «Introducción» en César Vallejo, *Obra poética completa*, Madrid, Alianza Tres, 1986, 2.ª ed., pp. 53-54.

²² Idem, p. 54.

²³ Idem.

²⁴ C. Vallejo, *Obra poética completa*, Madrid, Alianza Tres, 1986, 2.ª ed., p. 247.

